

CARLOMAGNO E HISPANIA. BATALLA DE RONCESVALLES (778)

Jalía PAVÓN BENITO

jpavon@unav.es

La figura histórica de Carlomagno está en íntima y estrecha relación con la recuperación política y cultural de una Europa Occidental, desmantelada a todos los niveles después de la desaparición de la parte occidental del Imperio Romano. Tras los convulsos cambios vividos en torno al siglo V y con el advenimiento de pueblos que conformaron nuevas micro-realidades políticas, la imagen de la esplendorosa "Roma" había quedado casi del todo borrada. De manera que el ascenso del linaje carolingio y la construcción de su proyecto político como legítimo heredero del romano, dieron lugar en los albores del siglo IX a un gran reino, tanto por su extensión territorial como por los principios ideológicos que lo sustentaban.



Estatua ecuestre de Carlomagno (M. Louvre).

Carlomagno (771-814), coronado como emperador en la Navidad del año 800 en Roma por el papa León III ratificó el proyecto político iniciado por sus más inmediatos antecesores: la dilatatio Christianitas. Apoyado en una organización territorial inteligente e integradora, además de por un grupo de intelectuales, clérigos en su mayoría de procedencia insular e hispánica, logró articular un binomio muy efectivo, el de la conquista y el de la consiguiente expansión de la cristianización.

La integración de Septimania y Aquitania, al igual que lo ocurrido con Baviera, por mencionar otro ejemplo, le pusieron en contacto a su vez con otros nuevos pueblos (752-768). Pero en el primero de los casos, la llegada a la franja pirenaica le permitió acceder a un mundo diferente. Sobre las laderas meridionales de dicha cordillera existía un reducto numeroso y significativo de hispanocristianos, así como de musulmanes díscolos a Córdoba. Ambas circunstancias favorecieron la entrada de contingentes francos, alentados por la posibilidad de conquistas ya en el año 778 (Roncesvalles). Pero la realidad, mucho más compleja, obligó a rectificar la estrategia de "paseo militar", dando pie a una política propiamente hispana cuyo objetivo era la atracción de las poblaciones de la Frontera Superior de Al-Ándalus.

ASCENSO DE LA MONARQUÍA CAROLINGIA

La expansión musulmana por Europa quedó detenida en octubre del 732 cuando el walí Abd al-Rahman al-Gafiqí tomó rumbo hacia la Aquitania atlántica, pasando por Pamplona, y fue derrotado en Poitiers por Carlos Martel, mayordomo de palacio de la monarquía franco-merovingia. Este hecho, junto otros, prefigurará el ascenso de la casa carolingia que tomará el mando y el protagonismo político de una Europa occidental, ausente de figuras políticas de calado transfronterizo.

Más tarde el recién ungido rey de los francos Pipino el Breve, fundador de la dinastía carolingia, entra en Narbona el año 759 completando la conquista de Septimania (752-759) y

tras un sistemático esfuerzo restablece bajo su autoridad a la inquieta Aquitania (760-768). Entretanto en Al-Ándalus Abd al-Rahman I, único superviviente de la dinastía omeya huido de Damasco, instituye un emirato independiente del nuevo califato de Bagdad (756), cerrándose una primera y turbulenta etapa de dominio oriental peninsular. A partir de este momento cabe considerar la cordillera pirenaica como el más claro límite entre la Cristiandad y el Islam.

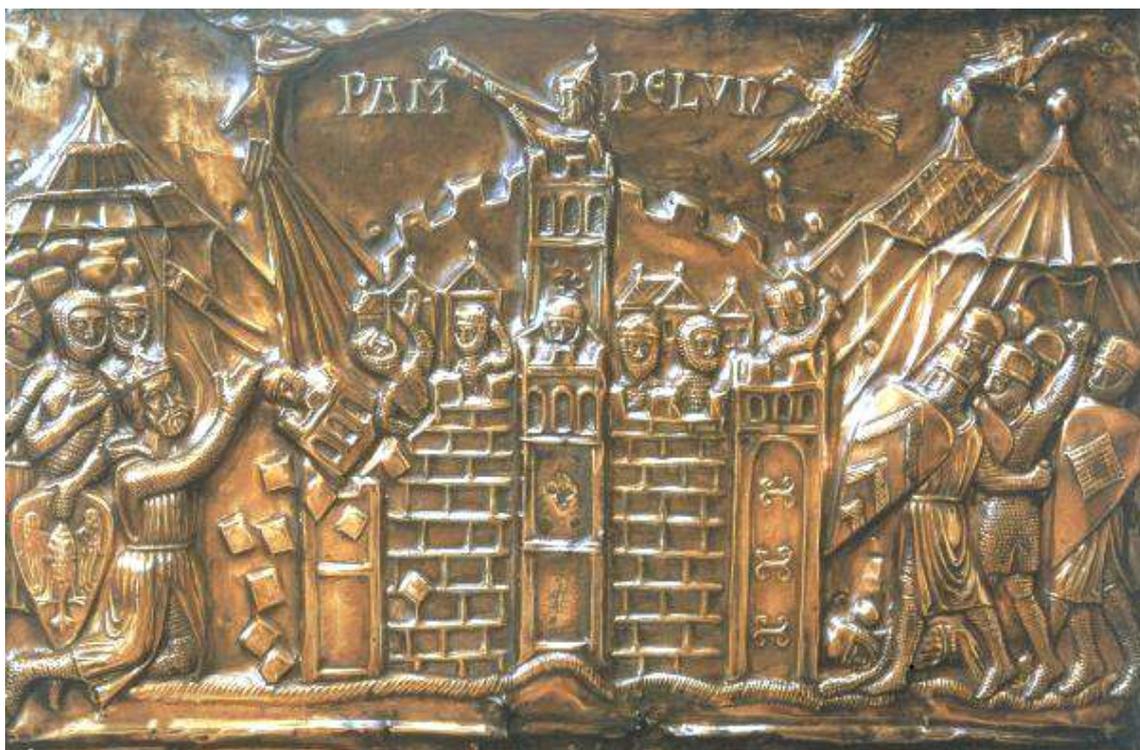
LA BATALLA DE RONCESVALLES (778)

El prestigio de la monarquía francocarolingia y la ruptura de los vínculos políticos con el próximo oriente del nuevo emir influyeron durante un par de décadas en la marcha del curso histórico de la "Frontera superior". Consta el incumplimiento del distrito de Álava del pago de sus tributos e incluso el gobernador de Zaragoza, Sulayman ibn Yaqzan al-Arabí, alzado contra Córdoba, viaja a Paderborn (777), en los confines de Sajonia, para pedir personalmente ayuda a Carlomagno, hijo y sucesor de Pipino el Breve, a cambio de entregarle la ciudad.

La embajada musulmana estaba compuesta por el mencionado Sulayman, Abul-Aswad, hijo de Yusuf al-Fihrí, último walí hispano, y un yerno de este mismo. El objetivo de tan largo viaje quedó en principio cubierto, ya que consiguió atraer toda la atención del rey franco, que no escatimó esfuerzos en la pre-

paración de una empresa con destino al valle del Ebro. Así, el monarca ocupado en la compleja conquista sajona interrumpió sus campañas dirigiéndose a tierras hispanas, acompañado de un ejército en dos columnas. La columna occidental, capitaneada por el mismo Carlomagno y compuesta por contingentes neustrasianos y aquitanos, recibió en su marcha la sumisión de la ciudad de Pamplona tras el paso de los collados pirenaico-occidentales, siguiendo la vieja calzada romana de Burdeos a Astorga, la vía XXXIV. Un segundo cuerpo, el oriental, que pasó por Barcelona estaba compuesto por tropas de origen austrasiano, bávaro, burgundio, lombardo, provenzal y septimano.

Una vez desplegado el ejército ante los muros de Zaragoza, su defensor Al Husayn, que era lugarteniente de Sulayman se negó a abrir las puertas y entregar la plaza. Consciente del fracaso y de lo ilusorio de plantear un asedio, el rey decidió emprender el retorno llevándose como rehén al mencionado Sulaymán, que sería liberado por sus secuestrados antes de llegar a tierras galas. La vía elegida para la rápida retirada conjunta fue la de Roncesvalles, que ya había utilizado para la ida, de manera que dejó atrás Pamplona. Cuentan los Anales francos que, al paso por esta urbe desmanteló o destruyó sus muros, Navarrorum oppidum, quizá con el objetivo de desplegar una estrategia de "tierra quemada" o de evitar cualquier posible rebelión,



*Dstrucción de las murallas de Pamplona.
 Bajorrelieve de la arqueta relicario en cobre dorado de Carlomagno (Aquisgrán, 1200-1215).*

dado que quizás habría alguna guarnición o destacamento musulmán o promusulmán en la propia urbe o próxima a la misma.



Espada de Carlomagno, llamada Durandarte (siglo IX). Museo del Louvre (París).

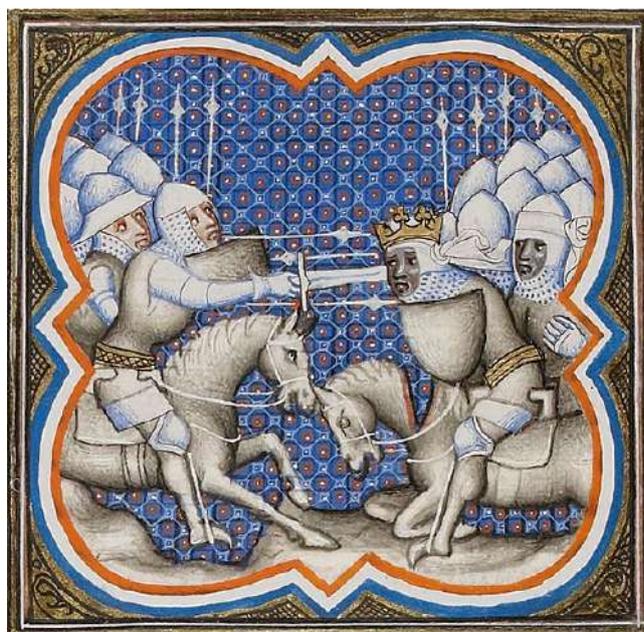
La vanguardia del ejército, capitaneada por el soberano superó sin problemas los accidentes montañosos del puerto pirenaico de Ibañeta, pero la retaguardia compuesta por unas tropas más abigarradas y portadoras de bagajes e impedimenta, fue sorprendida y aniquilada por los “vascones” en el angosto descenso de Roncesvalles el 15 de agosto del 778. Eginhardo, el biógrafo de Carlomagno, relata en el capítulo noveno de su *Vita Karoli*, que:

“Cuando el ejército avanzaba en larga columna, a lo que obligaba el desfiladero, los vascones, emboscados en lo alto de los montes —pues éste es un lugar idóneo para preparar emboscadas dadas las espesuras de sus numerosos bosques—, se precipitaron sobre los carruajes que marchaban en último lugar y sobre los que protegían el grueso del ejército cubriendo la retaguardia, y los arrojaron al fondo del valle. Una vez entablado el combate, mataron a todos sin excepción y, tras saquear los bagajes, se dispersaron con gran rapidez al amparo de la noche que ya empezaba a caer. En este caso favorecía a los vascones la ligereza de su armamento y la disposición del terreno en el que la batalla tuvo lugar; a los francos, por el contrario, la pesadez de su armamento y la irregularidad del terreno los dejaron en situación de total inferioridad frente a los vascones. En esta batalla hallaron la muerte, entre otros muchos, el senescal Eginhardo, el conde palatino Anselmo y Roldán, prefecto de la marca de Bretaña. Y ni siquiera se pudo vengar sobre el terreno este revés, porque el enemigo, al acabar el combate, se dispersó tan rápidamente que no hubo manera de saber dónde ir a buscarlo.”

Sobre la identidad de los “vascones” atacantes, son muchas las páginas escritas al respecto, si bien lo más verosímil es identificarlos con montañeses de Wasconia (Gascuña),

poco antes sometidos a la soberanía franca (769) y tradicionalmente levantiscos con respecto al poder franco. Lo ratifica el hecho de que, al año siguiente de la derrota, el propio rey se encargó de relevar de sus cargos a los condes desleales de ese territorio, caso del de Burdeos (779), ya que de una manera o de otra, había hecho dejación de sus funciones. Del mismo modo, no ha de descartarse la idea de una emboscada motivada, no exclusivamente por razones políticas, sino igualmente estimulada por el período de hambrunas que sacudían el continente desde el año 774.

Otra de las cuestiones históricas de interés suscitadas por este acontecimiento refiere el lugar del encuentro. Tanto las crónicas francas como el recuerdo memorístico posterior reflejado en la literatura épica resultan confusas para situar con exactitud dónde las tropas francocarolingias recibieron este duro revés. El ataque y saqueo ¿tuvo lugar en el camino alto o en el del valle de Valcarlos que se corresponde al camino de peregrinación superando el collado de Lepoeder? El debate en este punto sigue abierto ya que, aunque todo indica que el itinerario de las tropas pudo corresponderse al camino por el desfiladero de Ibañeta hacia Valcarlos, más estrecho y apto para posibles sorpresas y recorrido por una calzada romana documentada, algunos historiadores siguen pensando que se pudo tomar la ruta alta.



Miniatura de los francos contra los musulmanes, Grandes Chroniques de France, v. 1375-1380.

El recuerdo del acontecimiento quedó grabado en la memoria colectiva de las sociedades regidas por el monarca franco y fue



Puerto de Ibañeta.

no sólo transmitido a través de los textos históricos, a pesar de que los anales palatinos silenciaron el hecho. La literatura de contenido épico difundió el mito de los derrotados convertidos en héroes por todo el occidente europeo. Nombres como el del senescal Eginhardo, el conde palatino Anselmo y el conde Roldán pervivirían en la memoria colectiva de las dos generaciones siguientes en la Chanson de Roland, de finales del siglo XI. Pero dejando de lado al margen las reminiscencias legendarias, el descalabro de Roncesvalles puso en evidencia la debilidad de la influencia de la monarquía carolingia sobre los territorios ibéricos. Tres años después (781) Carlomagno instituyó con Gascuña, Aquitania y Septimania un espacio o reino satélite, bajo la tutela gubernativa de su hijo Luis, Ludovico Pío, y la dirección militar del conde de Tolouse, Guillermo I.

INTERVENCIÓN FRANCOCAROLINGIA EN HISPANIA. LOS CONDADOS "PRECATALANES".

El cercano ejemplo de liberación de Septimania y el acercamiento a las autoridades francas fueron los que seguramente motivaron el traspaso del dominio de la región de Gerona el año 785, y la posterior incorporación de Cerdaña y Urgel, entre el 786 y 790. Para nada había servido la violenta contestación lanzada por el emir Hisham I en el 791 y 793 hasta los muros de la mencionada Gero-

na e incluso Narbona, con el objetivo de extinguir la tónica de insubordinación del sector oriental de Pirineo. De hecho, las autoridades eclesiásticas de la zona mantenían relaciones con el clero franco pues el error cristológico de Félix de San Saturnino de Tabernoles y posterior obispo de Urgel conocido como Adopcionismo, sería castigado en el concilio de Ratisbona del año 792. Incluso un año después Alcuino de York, consejero y brazo derecho de Carlomagno, instó al hispano a abandonar su error. La intervención papal y del mismo rey de los francos acabarían por liquidar la herejía, que también seguía el máximo prelado peninsular, Elipando obispo de Toledo.

A partir de entonces y hasta la entrada de la nueva centuria, se palpa la consolidación de una vía de escape para los rebeldes de la Marca Superior, que no dudarán en cruzar la barrera pirenaica en dirección septentrional. Así el año 797 se documentan dos embajadas conducidas por musulmanes disconformes con la política emiral. Pero las promesas representaban realidades poco concretas. Por lo tanto, el futuro emperador dio un paso más congregando la Asamblea General de Tolosa el año 798. En ella, Carlomagno, depositó formal y efectivamente en manos de su hijo Luis la dirección política pirenaica o hispana, que tras los años anteriores se articuló con la idea de mantener la presión con el

apoyo de los propios dirigentes y población peninsulares. Allí acudieron, además de un aventurero que se había adueñado de Huesca, Bahlul ibn Marzuq, dos emisarios del monarca hispano Alfonso II. Este rey asturiano se permitió ofrecer algunos presentes obtenidos en la reciente razzia de Lisboa, en concreto una tienda de gran belleza, lorigas, mulos y siete moros cautivos.

La nueva orientación diplomática permitió la consolidación a lo largo de la siguiente generación de los dominios carolingios en el norte de la actual Cataluña, con Ampurias, Besalú, Gerona y Urgel, ampliándose y fortificándose la línea de Ausona (Vich), Caserras y Cardona, donde actuará el conde Borrell.

Poco después tendría lugar la incorporación de Barcelona (801) y las comarcas intrapirenaicas de Pallars y Ribagorza —por iniciativa del conde de Tolosa— y el alto Aragón. La conquista de la ciudad mediterránea fue fruto de una ofensiva meticulosamente prepa-

rada. Un ejército dividido en tres cuerpos asedió la plaza: el primero dirigido por el propio Luis cuidaba la retaguardia, el segundo por el conde tolosano Guillermo I estrangulaba las vías de aprovisionamiento y el tercero por el conde de Gerona Rostán, atacó frontalmente la urbe. El nuevo modelo político, el condado, quedaría encomendado a Bera, magnate de origen godo y conde hasta entonces del Rosellón. De esta forma quedaría delimitada la llamada, por Ramón D'Abadal, "pre-Cataluña Carolingia", donde se desplegó de inmediato una intensa actividad de restauración demográfica, eclesiástica y económica. De modo que, por poner el caso, se documenta la presencia desde el año 803 de monjes benedictinos en Urgel llegados desde las Galias para introducir el sistema monacal tradicional y las normas del clero secular, sobre todo a partir de las disposiciones unificadoras dimanadas del concilio de Aquisgrán (816-817).

El Imperio Carolingio. Conquistas de Carlomagno



EL CONDADO DE PAMPLONA Y EL DE ARAGÓN.

En el mismo orden de cosas se extendió por el lado occidental de la cordillera una tónica de adhesiones a la monarquía carolingia, alentada también por contingentes armados. Sobre las cabeceras del río Aragón se registra la presencia frente a Huesca de un conde de procedencia ultramontana llamado Aureolus, que desapareció alrededor del 809, si bien perduraría el germen de un partido antimusulmán, presidido por Aznar Galindo, magnate de la zona y fidelis, vasallo, de Carlomagno.

La toma de Barcelona y sus consecuencias inmediatamente posteriores pudieron ser suficientes razones para motivar un abierto rechazo del dominio cordobés en el distrito de Pamplona, territorio bajo el amparo franco y la alianza de los Banu Qasi de la ribera, disconformes con el nombramiento de Amrus ibn Yusuf como walí de toda la "Frontera Superior". La noticia que en el año 806 figura en los Anales reales carolingios y la presencia de Luis el Piadoso, hijo y heredero de Carlomagno, en Pamplona (812) confirman la efímera mutación política acontecida dentro de los cuadros de poder pamploneses. Aunque no se conoce con detalle la fugaz organización de Pamplona como "efímero" condado carolingio (806-816) si consta la designación de Belask al-Yalashqí como representante regio, quien derrotado en las orillas del río Arún por las tropas emirales, perdería gran parte de sus fieles (816).

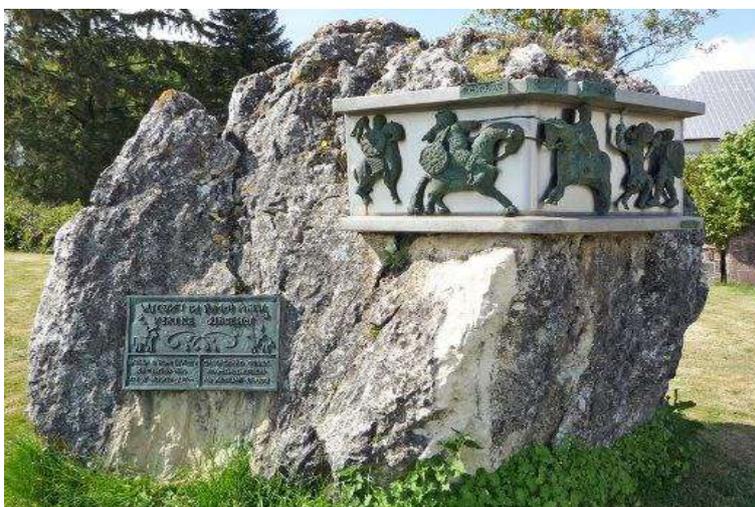
La presencia carolingia en Hispania, en definitiva, fue una de las consecuencias del proyecto político de una dinastía que logró unificar territorialmente espacios diferenciados y hacerse heredera de la idea imperial antigua y tardoantigua. Desde la curia palatina fran-

ca, cristiana más que romana, se debieron calibrar en un principio las similitudes con las comunidades hispanas, dado el denominador religioso existente. No obstante, la aparente filiación y sintonías de corte cultural y espiritual, poco sirvieron sobre el tapete pues tras el estrepitoso fracaso de la expedición a Zaragoza (778) hubo de articularse una calculada estrategia con desiguales resultados tanto temporales como geográficos. De manera que la política hispana, muy tempranamente en manos de Luis, hijo del emperador, fue del todo compleja porque el peso de las tradiciones godas y la influencia musulmana habían tejido una realidad algo diferente a la imaginada por Carlomagno. A pesar de ello no cabe duda del intenso proceso de aculturación que el mundo carolingio llegó a imprimir sobre el lado oriental de la cordillera, en las tierras que darían lugar a los condados catalanes. **PREGON**

La autora es Catedrática de Historia Medieval del Instituto Cultura Sociedad de la Universidad de Navarra.

BIBLIOGRAFÍA

- D'ABADAL I DE VINYALS, Ramón, "La expedición de Carlomagno a Zaragoza. El hecho histórico, su carácter y su significación", en Coloquios de Roncesvalles, Zaragoza, 1956, pp. 39-71.
- EGINHARDO, Vida de Carlomagno, ed. Alejandra de Riquer, Madrid, 2019.
- LACARRA, José María, "La expedición de Carlomagno a Zaragoza y su derrota en Roncesvalles", en Investigaciones de Historia Navarra, Pamplona, 1983, pp. 17-91.
- MARTÍN DUQUE, Ángel J., "Trayecto histórico-político y dinástico" en Historia de España Ramón Menéndez Pidal. VII**. La España cristiana de los siglos VIII al XI. Los núcleos prepirenaicos (718-1035). Navarra, Aragón, Cataluña, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, pp. 92-97.



Relieve conmemorativo de la Batalla de Roncesvalles (778).